



ENTREVISTA A JUAN ANDRADE BLANCO

“En muchas de las luchas de la transición hay un «excedente utópico» recuperable”

Salvador López Arnal

A propósito de la tesis de Juan Andrade «El PCE y el PSOE en (la) transición. Cambio político y evolución ideológica», Universidad de Extremadura, diciembre de 2009

«[...] la historia resulta útil para la izquierda porque en ella se puede ver, como nos enseñó Walter Benjamin, los momentos de encrucijada en los que se alumbraron caminos distintos más esperanzadores a los que finalmente se tomaron, y porque, como decía Ernst Bloch, en los proyectos de emancipación derrotados en el pasado hay un “excedente utópico” que puede nutrir nuestras luchas actuales. Pienso que, por encima de los resultados, en muchas de las luchas de la transición hay un “excedente utópico” recuperable para dar una batalla que sólo puede ser presente».

Juan Antonio Andrade Blanco es doctor en Historia por la Universidad de Extremadura, donde ha trabajado los últimos años como investigador FPI y profesor interino. Andrade Blanco es miembro activo del Seminario de Historia del Tiempo Presente de la UEx y del Grupo de Estudios sobre la Historia Contemporánea de Extremadura (GEHCEx). A lo largo de su trayectoria investigadora ha desarrollado diversos temas: la teoría de la historia, los medios de comunicación en las sociedades contemporáneas, los movimientos sociales en el tardofranquismo extremeño, pero, especialmente, Andrade Blanco ha centrado sus investigaciones en la transición política española y las tendencias ideológicas de las organizaciones de la izquierda en este período. Fruto de todo ello ha sido la defensa de su tesis doctoral en marzo de 2010, una tesis cuya lectura (y publicación) recomendaba Josep Fontana desde las páginas de Público.

- Salvador López Arnal (SLA): Su tesis se inicia con un largo y denso capítulo dedicado al concepto de ideología, noción que también aparece en el título de su magnífico trabajo. ¿Por qué esa investigación conceptual? ¿Qué acepción de ideología usa en su ensayo?

- Juan Andrade (JA): La densidad y extensión del primer capítulo se explica por la necesidad de precisión conceptual que sentí a la hora de abordar un tema tan complejo como el de las cambiantes concepciones doctrinarias de la izquierda durante la transición. El propósito de mi tesis era analizar cómo la izquierda libró a nivel

simbólico, en el ámbito de los significados, los conflictos sociopolíticos de aquel proceso de cambio institucional, y de esas batallas simbólicas es de lo que precisamente se encarga, como nos recuerda Paul Ricoeur, la ideología.

El concepto de ideología se me presentaba así como un concepto central para mi trabajo; pero hacer un uso fecundo de él resultaba problemático por al menos dos razones. Por una parte, se trata de un concepto que ha experimentado un cierto declive en las ciencias sociales a partir de los años ochenta por efecto del denominado paradigma posmoderno (que rechazó el concepto aduciendo que suponía una epistemología racionalista falaz) y por efecto de la proclama neoconservadora algo más pedestre de “el fin de las ideologías” (que contribuyó también a cuestionar a nivel académico su virtualidad explicativa). Por otra parte, y con independencia de lo anterior, el concepto de ideología es un concepto bastante ambiguo y elusivo debido a la pluralidad de significados que atesora. Su polisemia es tal que, con frecuencia, se ha utilizado para referirse a cosas distintas y contrarias. Basta recordar que con el término ideología se ha hecho referencia tanto a aquellas ideas erróneas e ilusorias orientadas a bloquear una comprensión crítica y racional de la realidad (la noción clásica de “falsa conciencia” cultivada por Marx) como a aquellas otras ideas orientadas a promover una acción política emancipadora (en este sentido hasta Lenin habló de “la ideología comunista”).

El primer problema, el del cuestionamiento del concepto de ideología desde perspectivas posmodernas o neoconservadoras, resultaba para mí un estímulo, alimentado además por el hecho de que cuando empecé a trabajar la tesis hace cinco años resultaban evidentes ya las limitaciones de esas perspectivas y se estaba revalorizando incluso el concepto de ideología dentro de la propia Academia.

El segundo problema, el de la inoperatividad del concepto por su polisemia desbordante, se me reveló al final como una oportunidad.

- SLA: ¿Una oportunidad? ¿Por qué?

- **JA:** Porque llegué a la conclusión de que el concepto de ideología entrañaba una riqueza teórica imprescindible para el proceso que pretendía analizar y que para aprovechar ese acervo teórico debía hacer de la dificultad virtud: concebir que esa pluralidad semántica del concepto le hacía al mismo tiempo muy versátil para dar cuenta de un asunto tan complejo como el de las concepciones cambiantes de la izquierda en la transición. En este sentido, lejos de atenerme a una definición rígida de ideología de las muchas existentes o lejos de intentar articularlas todas ellas en una gran síntesis, he procurado –siguiendo la senda del magnífico trabajo de Terry Eagleton sobre el tema– utilizar lo que entendiera útil de cada una de ellas sin caer en tentaciones eclécticas, consciente de que muchas de las definiciones existentes son en realidad dimensiones distintas de una misma realidad. En definitiva, he tratado de hacer uso de una larga y fructífera trayectoria que tiene algunos de sus hitos fundamentales, por citar algunos nombres, en Marx, Weber, Lukács, Gramsci, Marcuse, Habermas, Foucault, Sacristán, Bourdieu o más recientemente Zizek. Desde estas aportaciones tan particulares –y tan hermanadas– concibo la ideología atendiendo a su determinación social, a su funcionalidad práctica, a su potencial movilizador, a su uso como instrumento legitimador del poder, a su uso como instrumento de resistencia al poder, a su valor identitario y también a su funcionamiento frecuente como “falsa conciencia”. En este último sentido una preocupación central ha consistido en analizar cómo algunos planteamientos ideológicos de los dirigentes de la izquierda en la transición fueron un socorrido recurso táctico que dio cobertura simbólica a proyectos no reconocidos públicamente o cómo se utilizaron para sublimar pasiones, intereses y luchas de poder.

En cualquier caso, la tesis no es una tesis filosófica ni mucho menos especulativa, sino un trabajo de Historia. A partir de este marco conceptual que

explicito en el primer capítulo y que puede resultar más denso se desarrolla un trabajo que consiste en un relato factual ágil y en análisis concretos y empíricos basados en fuentes documentales.

- SLA: Hablaba hace un momento del magnífico trabajo de Eagleton. ¿A qué aproximación se refiere?

- JA: A su obra *Ideología. Una introducción* (1997), un análisis muy preciso de las aportaciones más reseñables sobre la noción de ideología a lo largo de los siglos XIX y XX, y un ensayo simultáneo del propio autor sobre el tema, escrito con mucha lucidez y frescura.

- SLA: Cuándo se habla de transición, ¿a qué etapa histórica nos estamos refiriendo exactamente? ¿Dónde deberíamos fechar sus inicios? ¿Cuándo cree que finaliza la transición? ¿Con la Constitución de 1978? ¿Con el 23-F? ¿Con el triunfo del PSOE en 1982?

- JA: La delimitación cronológica de los procesos de cambio es de obligado cumplimiento en el ejercicio de la disciplina histórica. No obstante, la determinación del comienzo y el fin exactos de estos procesos conduce a veces a discusiones bizantinas. En el caso de la transición hay propuestas de todo tipo, que dependen, en última instancia, de los criterios que se asumen y de la intencionalidad política con que muchas veces se asumen esos criterios. Desde un criterio estrictamente jurídico –del que yo no participo– la transición arrancarían con la Ley para la Reforma Política en diciembre de 1976, en tanto que abrogación en cierta forma de las Leyes Fundamentales de la dictadura, y concluiría con la tipificación legal de un nuevo sistema político-institucional parlamentario en la Constitución de 1978. Frente a este criterio se puede decir que los cambios en los sistemas político-institucionales no se producen cuando se consagran legalmente, sino cuando suponen en la práctica una forma distinta de ordenar la convivencia y regular la vida social. En este sentido pienso que la España de 1978 no tenía mucho de democrática en términos estrictamente liberales. Además, siguiendo incluso esa lógica legalista, no bastaría la fecha de aprobación de la Constitución, sino que habría que esperar a la aprobación del resto del entramado jurídico del nuevo sistema (códigos, reglamentos, estatutos autonómicos, etc.).

La fecha de cierre del 23 de febrero toma como criterio de clausura de la transición la supuesta neutralización de las tentativas golpistas de corte involucionista. Sin embargo, esas tentativas no se neutralizaron hasta más adelante. Por otra parte, la fecha del triunfo electoral del PSOE en octubre de 1982 resulta algo más aceptable por al menos tres razones. En primer lugar, porque supone la primera alternancia en el Gobierno a cargo de un partido distinto que venía del bando derrotado en la guerra civil, pero que hace suyo mejor que nadie el proyecto de la reforma (alternancia que prueba la operatividad y también las litaciones de los mecanismos de reemplazo del nuevo sistema en la línea de las democracias occidentales). En segundo lugar, porque supone también el desmoronamiento del Gobierno de UCD (un partido gestado en las entrañas del régimen que había llevado hasta ese momento las riendas del proyecto de reforma). Y, en tercer lugar, porque supone finalmente la quiebra del PCE (el partido más influyente en la lucha contra la dictadura en el cual se cifraron en su momento las esperanzas más realistas de ruptura). Efectivamente, esa fecha tiene un sentido práctico y simbólico como corolario del proceso; sin embargo, ha encubierto muchas veces el deseo de presentar al PSOE como gran factótum de la democracia (una afirmación inconsistente), obviando además algunas continuidades del viejo sistema político-institucional entonces manifiestas.

- SLA: En cualquier caso usted, en su tesis, no aborda ese debate.

- JA: No, no lo abordo. Me muevo cronológicamente en un arco temporal flexible que arranca del tardofranquismo y llega básicamente hasta 1982, con una pequeña incursión en los debates sobre la OTAN dentro del PSOE entre 1982-1986. Creo que ese marco temporal es suficiente para analizar el fenómeno que me había propuesto.

No obstante, más importante que la determinación de las fechas exactas de la transición es poner en cuestión aquellas concepciones que al acotar la transición hacen de ella una etapa completamente distinta a la dictadura. Me parece ineludible poner de manifiesto que el franquismo estuvo muy presente en el proceso que terminó por disolverlo como sistema político-institucional, y que esa presencia o sobrepresencia condicionó el resultado del proceso mismo. En estos términos la transición fue también una prolongación, agónica prolongación, pero prolongación al fin y al cabo, del franquismo como sistema político-institucional. En este sentido, basta tener en cuenta cosas evidentes que a veces se olvidan, como que hasta abril de 1979 los ayuntamientos estuvieron gobernados por los mismos alcaldes de la dictadura o que la judicatura o los cuerpos de seguridad del Estado eran sustancialmente los mismos. Eso ateniéndonos a términos estrictamente político-institucionales, pues la transición es un concepto que debe predicarse fundamental, si acaso no exclusivamente, sobre el sistema político-institucional. Si hablamos del poder económico y de las elites sociales el debate sobre cambios y continuidades cede en beneficio de estas últimas.

- SLA: La transición política española ha sido presentada usualmente como un modelo político de referencia. ¿Por qué? Desde un punto de vista historiográfico, ¿nuestra transición fue modélica?

- JA: La consideración de la transición como un modelo político de referencia responde a criterios puramente valorativos y no historiográficos. Sé que la frontera entre ambas cosas es porosa, pero en este caso lo normativo, lo valorativo, se impone completamente a lo científico, a lo historiográfico. ¿Modélica? ¿En qué sentido? ¿En el de la suma bondad de sus resultados? Obviamente no fue modélica para quienes aspiraban a construir un sistema plenamente democrático en el que se purgara cualquier residuo de la dictadura y desde el que pudieran plantearse cambios hacia modelos sociales avanzados. ¿Modélica? ¿En qué sentido? ¿En el sentido de la limpieza democrática de los procedimientos utilizados? ¿En el sentido de que fue pacífica? Sobre la supuesta limpieza democrática la coacción que ejercieron las Fuerzas Armadas, o que se ejerció a través de las Fuerzas Armadas, es archisabida. Sobre la supuesta naturaleza pacífica del proceso, la violencia cotidiana que se vivió durante la transición es algo que la investigación histórica viene cuantificando con bastante precisión (se estima que unas 170 personas murieron en aquellos pocos años a manos de la policía). ¿Y modélica? ¿En qué sentido? ¿En el sentido de exportable a otras latitudes? Considerarla modélica en estos términos implica, por una parte, certificar la posibilidad de que los procedimientos de cambio se pueden trasladar sin mayores problemas de un lugar a otro (algo que no resulta fácil habida cuenta de la particularidad histórica de cada país). Por otra parte, considerarla modélica en estos mismos términos significa muchas veces afirmar, de nuevo en un sentido puramente normativo, que resulta deseable, que es bueno políticamente, que otros países hagan una transición como la nuestra. Esta recomendación de nuestro proceso de transición se hizo a dos realidades distintas: a las dictaduras del Cono Sur de los años setenta y ochenta y a los países del denominado y extinto socialismo real. Recomendar, como por ejemplo se recomendó a Chile en su momento, que hiciera una transición como la nuestra implicaba indirectamente recomendarle la impunidad de los asesinatos en el Estadio Chile en septiembre de 1973 o la reacomodación, sin mayores reparos, de los generales pinochetistas al nuevo sistema político. Pues eso, allá cada cual con sus recomendaciones. En cuanto a los países del Este, la recomendación para que

siguieran un modelo de transición parecido al español suponía la confusión, muchas veces intencionada, entre «transición a la democracia» y «regresión al capitalismo» y presuponía la equiparación de dos realidades, la del franquismo y la del socialismo real, esencialmente distintas y enfrentadas, dicho sea de paso sin aprecio hacia los sistemas políticos de los antiguos países de la órbita soviética.

- SLA: Dice usted que 170 personas murieron en aquellos años a manos de la policía. ¿Podría citar algunas personas? ¿No son estos ciudadanos víctimas también del terrorismo?

- JA: Datos más precisos pueden verse por ejemplo en la obra colectiva *Violencias y transiciones políticas a finales del s. XX*. (2009), en concreto en el trabajo de una historiadora, Sohpie Baby, que hizo su tesis sobre el tema. Por poner un ejemplo ilustrativo sacado de ese trabajo, entre 1976 y 1977 (los años centrales del proceso) murieron unas 20 personas sólo como consecuencia de actos de brutalidad policial en manifestaciones. Los nombres deberían citarse todos. En su defecto, hay casos especialmente brutales que la gente que vivió aquello recuerda, como el de los cinco obreros asesinados en Vitoria el 3 de marzo de 1976 por los disparos de la policía cuando estaban concentrados pacíficamente en una iglesia (B. Pereda, F. Aznar, R. Barroso, J. Castillo y P. Martínez). El mayor tenía 32 años. En cuanto a la última pregunta –si todos y cada uno de esos actos merecen la denominación de terrorismo– eso depende de la acepción de terrorismo que manejemos. En cualquier caso, el “Terrorismo de Estado”, en su acepción más aceptada social y jurídicamente, se practicó, como es bien sabido, durante la transición y los años de gobierno del PSOE (Batallón Vasco Español y GAL).

- SLA: En su investigación, usted se ha centrado en dos fuerzas políticas: en el PCE y en el PSOE. ¿Por qué? ¿La izquierda española se reducía en su opinión a esas dos grandes organizaciones en aquel período?

- JA: Me he centrado en los casos del PCE y el PSOE porque el contraste entre ambos partidos resulta muy sugerente y representativo de la transición en general, en la medida que socialistas y comunistas diseñaron trayectorias inversas durante el proceso. El PCE lo inicia siendo el partido más activo, numeroso e influyente en la lucha contra la dictadura y lo termina electoralmente derrotado y roto en pedazos, mientras que el PSOE lo inicia siendo una fuerza marginal en el conjunto de la oposición social a la dictadura y lo termina con una abrumadora mayoría absoluta. También porque se trata de los dos partidos mayoritarios de la denominada izquierda en la transición, porque en virtud de eso compiten constantemente entre sí y porque esa competición estimula los procesos de cambio ideológico que pretendía analizar. El PCE y el PSOE se estimularon mutuamente en sus respectivos procesos de moderación ideológica: la renuncia al marxismo del PSOE en 1979 fue en cierta medida un movimiento reflejo al abandono del leninismo por parte del PCE en 1978. También me he centrado en estos dos casos porque me interesaba particularmente pulsar las relaciones que en la transición mantuvieron los partidos más representativos en España de las dos grandes tradiciones de la denominada izquierda en el siglo XX, la comunista procedente de la III Internacional y la socialdemócrata con presencia gubernamental en Europa. Me interesaba analizar los cambios que en los setenta experimentan en España estas dos tradiciones. Cambios que llevaron al PCE de la ortodoxia marxista-leninista al eurocomunismo y cambios que llevaron al PSOE de un socialismo retórico de resonancias marxistas a una concepción menos formalizada que basculó entre la socialdemocracia y el liberalismo social. En este sentido, me interesaba analizar las convergencias o solapamientos ideológicos entre las dos tradiciones, y en última instancia la integración de una parte de la tradición comunista

en la cultura de la socialdemocracia, más llamativa y visible en el caso tan generalizado de fuga de militantes, cuadros y dirigentes del PCE al PSOE en los minutos de descuento de la transición y a partir de entonces.

- SLA: Esto no significa que usted no conceda importancia...

- JA: Exacto. Esto no significa que yo no conceda importancia a las organizaciones de la denominada extrema izquierda o izquierda radical como agentes influyentes en la lucha contra la dictadura. Efectivamente, esta influencia es importante (aunque obviamente mucho menor a la del PCE) y se dejó sentir en el Movimiento Obrero (destacados cuadros de CCOO pertenecía a estos partidos), en la Universidad (en algunos centros llegaron incluso a desplazar al PCE) y en los espacios de la cultura y de la reflexión teórica (con revistas como *Saida* o *El Cárabo* o participando en otras más plurales como *El Viejo Topo*). Además, estas organizaciones también pagaron un caro peaje en la transición en forma de represión, marginación electoral, giros repentinos, transfuguismos, crisis internas y disoluciones, a pesar de lo cual su influencia política se prolongó más allá de la transición y de su propia existencia como tales, con la integración de algunos de sus militantes posteriormente en IU, en los movimientos sociales de los ochenta o, de nuevo, en los ámbitos de la cultura y la reflexión teórica. En este último ámbito se me vienen ahora mismo a la cabeza cuatro nombres importantes para la cultura de la izquierda que de un modo u otro participaron en uno de estos partidos, en el MC: Jesús Ibáñez, Eugenio del Río, el recientemente fallecido Javier Ortiz o el novelista Rafael Chirbes.

En cualquier caso si no los he incluido en mi tesis no es por no concederles importancia, sino porque me resultaban inabarcables en este trabajo, más aún si se tiene en cuenta la cantidad de organizaciones de las que hablamos (ORT, MC, LCR, PCE (m-l), PTE, etc.) y las profundas diferencias que hay entre muchas de ellas. Afortunadamente también la investigación histórica se está ocupando de estas organizaciones. Por ejemplo, una investigadora de la Universidad Complutense, Ana Domínguez Rama, está haciendo una tesis muy interesante sobre el PCE (m-l) y el FRAP.

- SLA: Durante la transición surgieron organismos unitarios como la Junta Democrática o la Plataforma de Convergencia Democrática. ¿Qué papel jugaron estas coordinadoras de partidos y personalidades? ¿Cuáles eran sus diferencias?

- JA: Bueno, la respuesta a esta pregunta me llevaría mucho tiempo. Intentaré resumirlo aun a riesgo de simplificación. La Junta Democrática de España fue un organismo unitario promovido por el PCE, que se constituyó en el verano de 1974 y que integró a partidos políticos como el PSP o el PT, a CCOO, a representantes de asociaciones de vecinos o colegios profesionales y a destacadas personalidades de la vida pública española de procedencias ideológicas muy dispares. Esta iniciativa promovida por el PCE respondía al deseo de aglutinar todas las expresiones políticas, sociales y culturales de oposición a la dictadura en la perspectiva de sumar las fuerzas necesarias para imponer lo que se denominaba la Ruptura Democrática. Por eso la Junta no pretendió ser sólo un organismo de dirigentes políticos a nivel estatal, sino que se intentó promover también a escala provincial y local, anclándola en las acciones cotidianas de confrontación con la dictadura. Además de eso la Junta se concibió también en cierta forma como un embrión de lo que debería ser el Gobierno provisional y unitario destinado a gestionar el proceso de cambio y a garantizar su limpieza democrática. Todo eso con muchos matices que habría que hacer.

Por su parte, la Plataforma de Convergencia Democrática fue un organismo unitario promovido principalmente por el PSOE, que se constituyó en el verano de

1975 (por tanto un año después que la Junta) y que agrupó a partidos como ID, ORT o PNV. La Plataforma surgió en cierta medida por el deseo del PSOE de disfrutar de un espacio unitario que no estuviera hegemonizado por los comunistas. En este sentido, surge como un contraorganismo unitario al promovido por el PCE. La Plataforma presentaba dos diferencias fundamentales con respecto a la Junta. Una, que estaba constituida exclusivamente (si exceptuamos a UGT) por partidos políticos. Y dos, que no reclamaba la formación de un gobierno provisional.

El caso es que las relaciones de competencia y cooperación entre la Junta y la Plataforma se saldaron, por distintas razones, con la fusión de ambas en marzo de 1976 en un nuevo organismo popularmente denominado *Platajunta*, que fue ampliándose y que oficialmente adquirió distintas denominaciones. En este nuevo organismo, el PSOE, con el respaldo de la mayoría de los partidos, consiguió imponer dos criterios fundamentales. Uno, que el organismo lo fuera sólo de partidos y sindicatos mayoritarios y no de personalidades y de representantes de movimientos sociales, aduciendo que estos eran en última instancia cuadros encubiertos del PCE. Y dos, que el propósito central del Organismo era reclamar la celebración inmediata de elecciones libres sin necesidad de constituir un Gobierno provisional que gestionase previamente la ruptura. Lo primero era, en cierta medida, un síntoma de la concepción partidocrática que algunos tenían de lo que debía ser el cambio. Lo segundo, era resultado de la conciencia de lo sumamente difícil que resultaba a esas alturas la imposición de ese Gobierno provisional de ruptura, pero también de la tradicional negativa de algunos (del PSOE, por ejemplo) a formar un gobierno unitario de transición que diera al PCE a nivel institucional el protagonismo que ya tenía en la lucha social contra el régimen.

Mi opinión es que, visto con perspectiva, el paso de la Junta Democrática a la *Platajunta* supuso el paso de un organismo unitario, de confrontación con la dictadura y embrionario del futuro Gobierno y que debía gestionar la ruptura, a un organismo unitario para la negociación de la reforma con la élite postfranquista que se disolvería nada más se reestablecieran formalmente las libertades.

- SLA: Citaba usted antes revistas como *Saida, El Cárabo o El Viejo Topo*. Fueron, como usted sabe bien, muchas más: *Transiciones, Argumentos, Nuestra Bandera, Materiales, mientras tanto, Taula de canvi*, etcétera, etcétera, etcétera. ¿Qué papel político-cultural jugaron estas publicaciones?

- JA: Un papel fundamental en la formación teórica y cultural de la izquierda. La transición fue el momento de mayor proliferación de este tipo de instrumentos, que conformaron un hervidero interesantísimo de análisis económicos, estudios sociológicos, ensayos filosóficos, crítica literaria y propuestas políticas de todo tipo. Algunas de estas revistas fueron promovidas oficialmente por los partidos, en un intento de superar la precariedad intelectual que históricamente atravesaba la izquierda de este país; pero la mayoría surgieron por iniciativa de cuadros y activistas de diferentes tendencias y filiaciones. Sería interesantísimo, desde muchos puntos de vista, rescatar todas aquellas aportaciones, como ha señalado Francisco Fernández Buey en un artículo que viene muy bien para quien quiera hacerlo o como está haciendo en su tesis doctoral Jordi Mir, un investigador de la Pompeu Fabra. Yo he intentado aportar algo al respecto analizando en mi tesis la implicación de estas revistas en los debates sobre la renuncia al marxismo en el PSOE y el abandono del leninismo en el PCE.

- SLA: En el ámbito del PCE, entre otras temáticas, irrumpieron dos debates importantes en estos años: el abandono del leninismo y la discusión sobre el concepto de dictadura del proletariado. ¿Por qué cree usted que el PCE abandonó su definición de partido leninista?

- **JA:** Realmente se trata de dos debates que tuvieron una profundidad y un alcance muy desiguales en el PCE. El abandono del concepto dictadura del proletariado apenas generó debate y conmociones entre la militancia del partido, entre otras cosas porque no fue objeto de un rechazo explícito, oficial y solemne por parte de la dirección. Más bien, lo que se dio fue un abandono progresivo y discreto de su uso en los documentos oficiales y también algunos escritos posteriores de mayor elaboración que planteaban razones para su rechazo, como puede verse en *Eurocomunismo y Estado* de Santiago Carrillo. En muchos de estos escritos se daba una confusión entre lo que el concepto significó originariamente en el marxismo (una forma de dominación social por parte del proletariado que podría desarrollarse incluso bajo sistemas políticos democráticos muy parecidos a los realmente existentes) y el significado más extendido que tenía entre la sociedad ese concepto por efecto de la propaganda enemiga y de buena parte de la propia tradición gobernante comunista (sistemas permanentes, autoritarios y burocratizados de partido único a imagen y semejanza de la URSS). En mayor medida, el concepto se rechazó no tanto por lo que significaba en sí, sino por lo que significaba para una mayoría social, aunque también se cuestionó en muchos casos su significado originario a partir del cuestionamiento del significante.

El debate sobre el leninismo sí tuvo, sin embargo, una repercusión importantísima en el PCE en un momento central de la transición. El análisis de este debate ocupa un lugar central y preferente en mi tesis. La iniciativa de suprimir el leninismo partió personalmente de Santiago Carrillo, que la hizo pública sin informar siquiera a la dirección durante su viaje a Estados Unidos. En gran medida, el abandono del leninismo fue concebido como un golpe de efecto mediático en clave electoral, en un tiempo en el que buena parte de los cambios ideológicos se concibieron como una derivación más de la táctica política. La supresión del leninismo fue muchas cosas a la vez. Tuvo una clara dimensión efectista, fue un intento un tanto pueril de estar en la picota informativa. La supresión del leninismo fue sobre todo un gesto de moderación del PCE orientado a contrarrestar la imagen de partido autoritario y prosoviético alimentada por sus adversarios y a la que se responsabilizaba de los pobres resultados electorales, fue una manera de teatralizar el distanciamiento con el socialismo real y de hacer una demostración pública de voluntad democrática en los términos reclamados por la cultura política dominante en España. Con la supresión del leninismo se pretendió también rivalizar con el PSOE, y difuminar la línea de separación ideológica de las dos tradiciones. En otro sentido, el leninismo funcionó como una cortina de humo sobre los problemas más acuciantes que tenía el partido sobre la mesa (renovación en la dirección, limitaciones electorales, decisiones controvertidas y oscilantes en la transición, etc.) y logró dividir a quienes pudieron conformar un grupo crítico con respecto a cómo se habían afrontado esos problemas. En este sentido, el debate sobre el leninismo respondió a esos usos pragmáticos –a esas funciones opacas de la ideología– de los que hablábamos al principio.

Ahora bien, tampoco puede olvidarse que existía en el PCE una larga tradición de renovación teórica y revisión ideológica que permitió que esta propuesta cobrara sentido más allá de lo táctico y pudiera arraigar entre buena parte de la militancia. Una tradición que terminó cristalizando no sólo, pero sí más llamativamente, en lo que dio en llamarse el eurocomunismo. Es en este proyecto eurocomunista más general en el que se inserta la propuesta de abandonar el leninismo.

Finalmente la iniciativa de abandonar el leninismo salió adelante porque una parte importante de la militancia estaba en sintonía con las tendencias ideológicas de la dirección, porque en el PCE no había cuajado del todo una cultura de discrepancia natural con las iniciativas que venían arriba y porque la dirección movilizó todo el aparato del partido y a muchos de sus dirigentes más carismáticos para sacar adelante la propuesta.

No obstante, además de construir una explicación a este abandono en la tesis he tratado de analizar las razones que movizaron unos y otros para defender sus posiciones: los dirigentes, los intelectuales y, sobre todo, los militantes de base. Me ha

preocupado particularmente por descender a los razonamientos, justificaciones o racionalizaciones de todos los implicados (o de una muestra representativa de todos ellos) en el debate.

- SLA: Portugal vivió su revolución de los claveles en 1974. ¿Influyó en alguna medida en la transición española?

- JA: Mucho, tanto que no se puede explicar vagamente en unas líneas. Simplificándolo bastante, estimuló el entusiasmo y las esperanzas de la oposición y desató los miedos y las prevenciones de los distintos sectores del régimen, y ambas cosas condicionaron el transcurso de la transición. Ejemplo de esas dos cosas fue, por una parte, la constitución de la Unión Militar Democrática (movimiento militar democratizador y progresista que logró introducir algo de aire fresco en las filas del ejército) y, por otra, la dura represión de que fue objeto la misma Unión Militar Democrática. No obstante, más allá de la influencia conviene subrayar que los procesos de ambos países fueron muy distintos en su desarrollo. En Portugal, el ejército fue (por distintas razones) un instrumento de liberación, mientras que en España (por otras diferentes) fue un obstáculo para el cambio institucional y un límite para proyectos más ambiciosos. En Portugal, se impuso una ruptura política con la dictadura que desató una revolución social más tarde abortada, mientras que en España se impuso una reforma política en la que se ahogaron buena parte de esos proyectos de transformación social.

- SLA: ¿Estuvo el PSOE financiado por fuerzas internacionales? En su opinión, ¿gozó de una real autonomía política?

- JA: El PSOE era un partido extremadamente debilitado y muy poco influyente en la lucha real contra la dictadura a principios de los setenta y en su vertiginosa reaparición pública tuvo mucho que ver la financiación y los respaldos que obtuvo no sólo, pero sí fundamentalmente, de la socialdemocracia internacional. Por poner de manifiesto el caso más llamativo, conviene tener en cuenta lo determinante que resultó para el PSOE el respaldo de la Internacional Socialista por varias razones. En primer lugar, porque supuso un “certificado de autenticidad” socialista o socialdemócrata frente al resto de los partidos españoles que se reclamaban como tales, que eran muchos e incluso algunos más influyentes socialmente hablando que el propio PSOE. En segundo lugar, porque suponía la equiparación simbólica con los poderosos partidos socialdemócratas que estaban gobernando algunos de los países más importantes de la Europa capitalista, y eso confería un prestigio tremendo ante una parte de la sociedad. En tercer lugar, porque en virtud de estos apoyos el PSOE recibió importante asesoramiento político y especialmente electoral por socialdemócratas europeos curtidos en esas labores. En cuarto lugar, porque desde esas instancias internacionales, desde las embajadas de poderosísimos países, se presionó al gobierno heredero de Franco para que el PSOE tuviera un trato privilegiado frente a otros partidos de la oposición, especialmente frente al PCE. Un ejemplo incontestable en este sentido es el hecho de que cuando el PSOE estaba celebrando en el mismísimo Hotel Meliá Castilla de Madrid su XXVII Congreso, en diciembre de 1976, rodeado de jefes de Gobierno, buena parte de la dirección del PCE, por no hablar de sus militantes, seguía en la cárcel. Finalmente, los respaldos internacionales se concretaron en el envío de importantes sumas de dinero (algunas cuantificadas y otras por cuantificar) que permitieron sostener y acrecentar la actividad del partido hasta la obtención de ayudas públicas y levantar y financiar en buena medida un considerable su aparato. Sobre esto último, en mi tesis he comprobado cómo la mayor parte de la actividad de formación del militante que el PSOE desarrolló en el tardofranquismo (organización de escuelas, producción de materiales, etc.) y que fue fundamental para

reactivar la organización y motivar a la militancia, se financió con donaciones de la Fundación Friedrich Ebert, de organizaciones sociales vinculadas a partidos socialdemócratas, por esos mismos partidos de socialdemócratas o por sindicatos de la CIOSL.

Todos esos apoyos se insertaron en un contexto internacional más global y general de guerra fría en el que en muchos casos se promocionó desde distintas instancias a la socialdemocracia como estrategia de contención del comunismo en Europa allí donde era más fuerte, algo que queda patente, por ejemplo, en el trabajo de Joan Garcés, *Soberanos e Intervenidos*. Ahora bien, estos (y otros) apoyos internacionales fueron fundamentales en la recuperación y en los posteriores triunfos electorales del PSOE, pero no son su causa única. A eso hay que sumar otros factores que ahora no podría jerarquizar y que tuvieron que ver con la habilidad de sus dirigentes, con los errores de sus adversarios (tanto de la derecha como de la izquierda), con el respaldo mediático que tuvo, con la promoción precisamente mediática del carisma de su principal dirigente, con la pervivencia de la memoria histórica del pasado glorioso del partido (el peso de las siglas) y con su capacidad para adecuarse de la noche a la mañana a las tendencias políticas mayoritarias en la sociedad (que no eran para nada socialistas), con su capacidad para convertirse en última instancia en un *catch all party* a la española.

- SLA: ¿Cómo interpreta usted aquel famoso congreso del PSOE en el que Felipe González dimitió y señaló a la definición marxista del partido?

- JA: Lo primero que conviene tener en cuenta es que el PSOE se define oficialmente por primera vez en su historia como partido marxista en su XXVII Congreso de 1976 y que tan solo 3 años después, en 1979, renuncia públicamente a esa definición. Para explicar por qué la abandona hay que preguntarse antes por qué la asume, y la abandona con tanta celeridad y soltura porque la asume con mucha urgencia y ligereza. El PSOE se declara oficialmente marxista por contagio contextual y por inclinaciones tácticas. Por contagio contextual porque el marxismo, en sus distintas formas y grados de rigor, era la cultura política hegemónica en los ambientes de oposición a la dictadura, muy especialmente en los universitarios. En el mismo sentido, desde finales de los sesenta buena parte de la izquierda europea (incluso de la socialdemocracia) experimentó una cierta radicalización, tanto más intensa según fuera su perfil ideológico inicial, por el curso que estaban siguiendo los acontecimientos internacionales (contestación antiimperialista y crisis económica del capitalismo). En el caso de España, esta radicalización se intensificó algo más por efecto de la clandestinidad. El caso es que en ese contexto estaban, aunque fuera en situación marginal, buena parte de los militantes, algunos cuadros y ciertos dirigentes del PSOE de entonces.

No obstante, la asunción del marxismo por el PSOE (como expresión de ese supuesto radicalismo) tuvo una evidente e incontestable motivación táctica. El PSOE se declaró marxista para rivalizar con el PCE (el partido marxista hegemónico en la lucha contra la dictadura), para identificarse con esa lucha y para apropiársela así en cierta medida. El PSOE se declaró marxista para atraerse a cuadros del antifranquismo con los que cubrir sus maltrechas filas. Y el PSOE se declaró marxista para no ceder terreno ideológico al resto de los partidos socialistas que se declaraban como tales. El caso es que, simplificándolo un poco, la dirección del PSOE renuncia al marxismo cuando decaen las razones que le habían inclinado a abrazarlo retóricamente. Además del cambio contextual, que es importante, el PSOE no ve necesidad de mantener su retórica marxista una vez ha fagocitado al resto de los partidos socialistas (PSP y regionales) y una vez el PCE ha dejado de ser el partido hegemónico del antifranquismo para gestionar su 9% en el parlamento. El PSOE pensó que podía haber ganado las generales de 1979 si no hubiera sido por los

recelos que generaba entre votantes moderados sus ambigüedades ideológicas, tanto más por cuanto que la propia UCD se encargaba de enfatizarlas. El PSOE decidió que había llegado el momento de poner fin a esas ambigüedades si quería aprovechar una coyuntura que se prestaba al triunfo y que para ello necesitaba dar un golpe de efecto que atrajera a esos sectores moderados y atemperase el ánimo de algunos poderes fácticos. Y González encontró en la definición marxista del partido esa garantía simbólica que ofrecer a unos y a otros. En definitiva, el PSOE se definió marxista para incorporarse a una oposición en cierta forma radicalizada y renunció inmediatamente a él para ganar las lecciones a partir de un electorado moderado. Ambas cosas le resultaron muy funcionales para propósitos distintos, pero para propósitos integrados en una misma estrategia de acceso al Gobierno.

En cuanto a la celebración del XXVIII Congreso de Mayo de 1979 en el que “dimite” González (realmente no se presenta a reelección) y el Congreso Extraordinario de septiembre de ese mismo año en el que se le reelige, ahí se pusieron de manifiesto muchas cosas. Primero, que las tesis moderadas de la dirección salieron finalmente adelante porque estaban enraizadas en buena parte del sustrato sociológico del partido, pero también porque los oficialistas utilizaron todo el aparato del partido (con sus mecanismos propagandísticos y con sus mecanismos coactivos) para intimidar o neutralizar a los sectores más exigentes y seducir a los ambiguos. Y segundo, que en ese empeño el sector oficialista encabezado por González contó con el respaldo unánime y militante de los medios de comunicación, que concibieron la reprobación a González por las bases socialistas como una amenaza para el modelo de transición en curso, y desde ese temor acudieron de manera incondicional en su auxilio. En mi tesis he analizado sistemáticamente la cobertura que dieron a ese proceso los principales periódicos del país y en ningún momento de la transición se concitan elogios tan enfáticos e interesados a un mismo dirigente político.

- SLA: ¿Qué cree usted que significó para los militantes del PCE la aceptación de la Monarquía y de otros símbolos del franquismo como la bandera o el himno?

- JA: La militancia del PCE era una militancia muy heterogénea y la aceptación de la Monarquía y de sus símbolos por parte del partido se movió entre la indignación y la resignación. Pero siendo en cualquiera de los casos la aceptación de la Monarquía un duro golpe para toda la militancia, dos circunstancias añadidas la hicieron más dura. La primera, su asunción como un hecho consumado, pues no hubo debate previo más allá de la famosa reunión de urgencia del Comité Central del 14 de abril de 1977, donde los términos de la resolución aprobada se habían pactado previamente con el Gobierno. La segunda, se debió a una práctica habitual en el núcleo dirigente del PCE durante la transición: su tendencia a presentar las derrotas como aciertos, su tendencia a hacer de la necesidad virtud, su tendencia a reconocer la supuesta bondad de un sistema monárquico que se habían visto obligado a aceptar a cambio de la legalización en esas fechas.

El golpe fue duro, pero por la vorágine del proceso buena parte del malestar no se manifestó hasta más adelante, pues como sucede con muchas contusiones, el dolor no se manifiesta hasta que el cuerpo se enfría. En cierta forma, para muchos militantes la aceptación de la Monarquía formó parte de una larga serie de renunciadas que en su momento resultaron digeribles tomadas una a una, pero que finalmente resultaron insostenibles en su conjunto. Todas esas frustraciones latentes eclosionan a partir de 1981 en la crisis interna que dinamitó al partido. De todas formas insisto en que la militancia del PCE era muy heterogénea y las reacciones fueron de distinta naturaleza e intensidad.

- SLA: De las dos fuerzas políticas que usted ha analizado, ¿alguna de ellas fue realmente en este período una fuerza republicana? ¿La tercera República estuvo en su horizonte político?

- JA: En el momento en que ambas asumieron la Reforma el horizonte de la República desapareció no sólo como horizonte inmediato, sino como horizonte regulativo (en una perspectiva creíble de más largo plazo) de su línea política cotidiana. Además, con la aceptación de la Monarquía no sólo se aceptó una determinada forma de Estado, sino que se fue diluyendo buena parte de la cultura política asociada a esa otra forma de Estado que es la República. Es curioso cómo en este país PCE y PSOE terminan convirtiéndose en los principales legitimadores de la Monarquía, en la medida en que la legitimación de cualquier sistema de poder es mayor cuando procede de sus teóricos antagonistas ideológicos.

- SLA: ¿Es cierto, desde su punto de vista, que, tal como el señor Santiago Carrillo ha apuntado y sigue apuntando reiteradamente cuando tiene ocasión para ello, la única política posible fue la que él defendió y dirigió en el PCE?

- JA: La apelación a lo inevitable suele ser un socorrido recurso de justificación de las propias decisiones. El «no había otra opción», «era lo único que se podía hacer», «no quedaba más remedio» forma parte de la retórica autojustificativa de quienes tomaron decisiones entonces polémicas que cada vez son más cuestionadas. El problema más serio, por lo menos para los que nos dedicamos a este oficio de la Historia, surge cuando esta apología de lo inevitable se integra en el relato histórico, cuando la inevitabilidad se eleva a la categoría de concepto explicativo de los procesos sociales. El historiador sucumbe así a un determinismo insostenible que termina derivando también en una justificación pública de lo sucedido y de sus resultados. En esos casos los historiadores parecen parodias de Hegel, diciendo algo así como que «sucedió lo único que podía suceder porque además era lo más racional». De todas formas esto no es nuevo. El profesor Josep Fontana lleva años enseñándonos cómo los relatos del pasado se terminan convirtiendo en celebraciones encubiertas del presente, cómo desde ese presente celebrado la historia se escribe como un proceso lineal y ascendente en el que el progreso termina imponiéndose y en el que las alternativas a ese desarrollo triunfante se presentan como quiméricas o regresivas.

¿Que si el PCE podía haber seguido otra línea política distinta? Claro que sí, de responder lo contrario estaríamos concluyendo que el PCE estaba condenado ineluctablemente a romperse en pedazos, en la medida que esa liquidación fue resultado de su línea política y de la forma en que se impuso. Con todas las limitaciones contextuales, que eran considerables, con todas las constricciones, que eran intensas, con todas las adversidades, que no conviene infravalorar, había muchas políticas posibles que desarrollar, y se optó sólo por una de ellas. Ahora bien, este reconocimiento tampoco debe llevar a planteamientos idealistas e ingenuos que de vez en cuando se oyen en ámbitos críticos, según los cuales la ruptura estaba al alcance de la mano y fue la actitud traicionera de los dirigentes del PCE la que la frustró. Lo cierto es que la correlación de fuerzas terminó siendo extraordinariamente adversa para el proyecto rupturista inicial del PCE; pero la dirección del partido terminó creyendo que eso de la correlación de fuerzas era algo estático y que convenía sumarse al proyecto del gobierno por miedo a quedar marginado y para intentar encauzarlo en la dirección del proyecto propio, obviando el hecho de que cuando uno negocia con el poder es más fácil que el poder le cambie a uno que cambiar al poder. No obstante, insisto en el hecho de que el contexto era muy adverso, como insisto también en el hecho de que el contexto no forzaba inevitablemente a una sola línea política. Ahora bien, hay infinidad de decisiones, actitudes y tendencias en el PCE durante la transición, sobre todo tras su legalización,

que no están motivadas fundamentalmente por ese contexto adverso, sino que tienen que ver con la capacidad de análisis de sus dirigentes y con su concepción de la política. El tacticismo político, el efectismo ideológico, la necesidad de procurarse el respeto del adversario, la adhesión entusiasta al consenso, la defensa empeñada de los Pactos de la Moncloa, la decisión de territorializar la estructura organizativa del partido en perjuicio de lo sectorial, la centralidad concedida al trabajo institucional en detrimento del trabajo de base en los movimientos sociales, el desaprovechamiento de su militancia intelectualmente más preparada, los obstáculos a la democracia interna, etc., etc., todas esas decisiones, tendencias y actitudes no estaban determinadas, y en algunos casos ni siquiera condicionadas, por el adverso contexto de la transición, por más que algunos de sus responsables hicieran con frecuencia del contexto una coartada.

Las razones de esas decisiones tienen que ver, como digo, con la capacidad de análisis y con la concepción de la política de sus dirigentes, algo que también he intentado analizar en mi tesis. Pero más allá del contexto de la transición, lo que está en cuestión es toda la política de los partidos comunistas occidentales en un momento de cambio de ciclo histórico, en un momento en el que son evidentes los límites de esa política en sus aspiraciones más ambiciosas después de 50 años, en un momento en el que casi nadie sensato pensaba tampoco que la esperanza pudiera venir de Moscú y en un momento de crisis económica estructural que se saldaría con una refundación del capitalismo con cambios profundos en las bases sociológicas de los partidos comunistas. Simplificándolo mucho, la dirección del PCE no supo anticiparse a esos cambios y se enredó en una política inmediateísta que aspiraba a ser influyente en el corto plazo por la vía de la participación directa o indirecta en las decisiones gubernamentales y los acuerdos por arriba, una vía con muy poco recorrido y que suponía una tentación constante de asimilación. El eurocomunismo fue, no sólo pero sí en buena medida, la justificación teórica de esa práctica política.

Frente a eso, ¿qué había que hacer? Las respuestas a ese interrogante fueron diversas. A mi juicio, una de las más interesantes la intentó esbozar Manuel Sacristán, como tú bien vienes analizando en tus trabajos y yo he intentado abordar en el mío. Los ejes de ese esbozo parecían tener más recorrido: estudio tenaz y antidogmático de los cambios; reconstrucción del movimiento por abajo incorporando las nuevas expresiones ecologistas, pacifistas y feministas; no concebir el socialismo sólo como un modelo definitivo y absoluto a conquistar en un futuro lejano sino anticiparlo mientras tanto en experiencias cotidianas a pequeña escala; confrontar con el poder pero crear espacios de contrapoder; agarrarse a los principios ante la duda; recuperar el pulso ético y el comportamiento ejemplar de la militancia política; etc., etc.

- SLA: ¿Hubo voces críticas respecto a la estrategia eurocomunista? ¿Qué venían a señalar estos sectores críticos?

- JA: La crítica al eurocomunismo se hizo desde perspectivas teóricas y posiciones políticas muy distintas, que expongo de manera un poco simplificada por cuestión de espacio. Para una parte de la militancia más tradicional, el eurocomunismo era una conversión traicionera a la socialdemocracia, frente a la cual había que reafirmar los principios siempre vigentes de la ortodoxia marxista-leninista. Para otro sector, el problema era, por el contrario, su falta de rotundidad en el rechazo a la URSS y en su compromiso con la democracia liberal. Desde esta perspectiva, el problema no era su orientación sino su intensidad: hacía falta más eurocomunismo y sobre todo aplicar la propuesta eurocomunista a las formas internas de organización del partido. Por otra parte, también hubo quienes se opusieron al eurocomunismo desde una crítica más refinada y no por ello menos contundente que la de los prosoviéticos, reconociendo incluso algunos aciertos de los análisis eurocomunistas, denunciando vehementemente su naturaleza ilusoria y derechizante y sin recalar en ninguna

apología de la vieja ortodoxia. El trabajo teórico más representativo y brillante de esta perspectiva me parece que es «A propósito del Eurocomunismo» de Sacristán.

- SLA: ¿Por qué crees que el mejor resultado del PCE en las primeras elecciones legislativas se produjo en Catalunya?

- JA: Los resultados electorales suelen ser en el caso de la izquierda la expresión superficial del verdadero arraigo que tienen en la sociedad. En este sentido los mejores resultados se producen en Cataluña porque allí el partido, el PSUC, estaba mucho más enraizado entre la gente, en sus aspiraciones, en su cotidianidad. La fuerza del PCE radicó en su capacidad de establecer alianzas con el cristianismo progresista, de abrir su proyecto a los profesionales, intelectuales y artistas, de ser un referente para la lucha contra la dictadura en la universidad, de ser un instrumento útil para las reivindicaciones inmediatas y no tan inmediatas de las barriadas obreras y sobre todo de impulsar y llevar la dirección política de un movimiento en su día tan potente y original como CCOO. Digamos que el partido tuvo mejores resultados en Cataluña porque allí estas variables estaban más desarrolladas. De todas formas, para explicarlo realmente bien disponemos de investigaciones especializadas, como las de Gaime Pala, que he hecho su tesis sobre el PSUC en la transición, o las que vienen haciéndose desde el CEFID, en concreto los trabajos de Xavier Doménech sobre el movimiento obrero y la influencia en él del PSUC.

- SLA: ¿Qué paso en el V Congreso del PSUC? Mirado con perspectiva de historiador, ¿qué se ventiló en ese debate tan importante en la historia de los comunistas catalanes?

- JA: El V Congreso del PSUC de enero de 1981 fue, entre otras cosas, una anticipación de la crisis general que terminó engullendo al PCE, a pesar de que la crisis de los comunistas catalanes tenía elementos específicos. La crisis del V Congreso del PSUC, en la que como es sabido se repudia el eurocomunismo y se cambia temporalmente la dirección, tuvo un desarrollo de novela, pero más allá de su llamativa manifestación superficial lo interesante es su trasfondo, que en buena medida es el mismo de la crisis más general que asoló al PCE. El trasfondo de esa crisis fue una situación de insatisfacción generalizada entre la mayoría de la militancia debido a varias razones. Se debió a la frustración de unos resultados electorales que no rindieron justicia a la contribución del partido a la lucha democrática. Se debió también a la constatación del declive orgánico que venía sufriendo el partido, concretado en la salida de militantes, en la disminución de su activismo y en la pérdida de arraigo social por una línea política que había descuidado el trabajo en los movimientos sociales en beneficio de los compromisos institucionales. Se debió, igualmente, a la incapacidad del partido a la hora de dar cauce ya en la democracia a las potencialidades de muchos de sus militantes debido a las pocas posiciones de poder institucional conquistadas. Se debió también a la escasa democracia interna. Y se debió, especialmente, a la exasperación de una militancia fundamentalmente obrera que estaba sufriendo los estragos de la crisis económica. Pero lo que yo he subrayado en mi tesis es que esta crisis tuvo una dimensión ideológica fundamental por dos razones. En primer lugar, porque los cambios ideológicos incentivados desde la dirección fueron en sí mismo un motivo añadido de conflicto interno. Y en segundo lugar, porque todas estas insatisfacciones y frustraciones se expresaron con frecuencia en términos precisamente ideológicos.

Tanto en el PCE como sobre todo en el PSUC existía una considerable pluralidad ideológica, a veces contradictoria, que había venido armonizándose gracias a la cohesión interna que imponía la lucha contra la dictadura. Pero el nuevo contexto de la democracia liberal disolvió este elemento de cohesión, y la diversidad ideológica

se volvió conflictiva, sobre todo cuando la dirección acometió un proceso de cambio ideológico intenso con la oficialización del eurocomunismo. Este proceso de cambio ideológico fue en sí mismo un factor de conflictividad interna, en la medida que generó malestar en varias de las múltiples sensibilidades del partido. Como hemos dicho antes, el eurocomunismo oficial resultaba para unos insuficiente, para otros ilusorio y engañoso y para otros era simplemente lesa traición.

Pero más allá de sus contenidos exactos, si aumentó la oposición al eurocomunismo fue porque pasó a ser considerado por muchos militantes como el paradigma ideológico inspirador de las decisiones y actitudes que habían conducido a la situación de debilidad orgánica y de pérdida de influencia social en la que el partido se encontraba sumido, así como a las cesiones políticas que habían tenido lugar durante la transición. Y ello no es de extrañar si se tiene en cuenta que la dirección utilizó insistentemente la estrategia eurocomunista para legitimar o racionalizar la línea política seguida durante todo el proceso. Hay quien plantea que los militantes del PSUC rechazaron el eurocomunismo como si de “un chivo expiatorio” se tratase en esa situación angustiosa. En mi opinión lo rechazaron porque tomaron conciencia de que había “cooperador necesario” en dicha situación.

- SLA: Habla usted en su tesis de un tema poco tratado, de los militantes de base de los partidos de izquierda. ¿Quiénes fueron esos militantes? ¿Aceptaron sin conflictos los numerosos cambios políticos e ideológicos generados desde las direcciones de sus partidos?

- JA: La historia de los partidos políticos ha sido tradicionalmente una historia elitista en la que los militantes de bases o brillaban por su ausencia o quedaban reducidos a un activismo supuestamente irreflexivo y dependiente de la directrices que venían de arriba. Esto ha sido tanto más notorio en los estudios dedicados a las cuestiones ideológicas, pues las visiones tradicionales de la historia intelectual o de la filosofía política consideraban que estas ideologías eran construcciones complejas construidas a priori por mentes sesudas, y que luego ya, en un segundo momento, estas ideologías iban descendiendo a la gente corriente en grados muy pobres y poco interesantes de asimilación. Afortunadamente, estas visiones, todavía dominantes, están cediendo en beneficio de nuevas tendencias historiográficas que aspiran a hacer una historia social de las ideas políticas prestando atención a los conflictos sociales, políticos y culturales protagonizados por la gente corriente en los que realmente se forjan estas ideologías, más allá de quién las sistematiza en un momento dado. Y en esa dirección he tratado de orientar también mi tesis. He intentado esbozar algunos valores, conocimientos y actitudes del imaginario de los militantes de base y sobre todo he intentado reconstruir su horizonte ideológico en el momento en el que lo expresaron de viva voz. Para ello he analizado las escuelas de formación política a las que acudieron, algunas encuestas de la época y muy especialmente los testimonios escritos que dejaron en forma de cartas enviadas masivamente a las redacciones de los periódicos de partido. Ahí he podido constatar un universo interesantísimo de ideas, de pensamiento, de culturas militantes que ahora no podría resumir. Lo que sí puedo poner de manifiesto es que la implicación de los militantes de base en los debates ideológicos de los partidos fue muy intensa y nada sumisa, respondiendo a un modelo de compromiso político muy intenso y apasionado que hundía sus raíces en la cultura del antifranquismo y que empezó poco a poco a disolverse en la transición en beneficio de un modelo más profesionalizado. Por otra parte, la documentación que he analizado refleja además cómo estos militantes hacían un esfuerzo muy importante por dar sentido a ese compromiso en el ámbito de los significados, de manera simbólica, en términos ideológicos.

- SLA: En cuanto al papel de los medios de comunicación, y aunque sé que la pregunta es demasiado amplia, ¿qué papel cree usted que jugaron diarios como *El País* por ejemplo?

- JA: Los medios de comunicación jugaron un papel importantísimo en el desarrollo de la transición y particularmente en la trayectoria del PCE y el PSOE. Efectivamente, es una pregunta amplia, pero simplificándolo un poco esta influencia se dejó sentir en las formas de hacer política de los partidos y en la influencia que los contenidos de estos medios ejercieron sobre sus bases sociales. En cuanto a lo primero, en la transición se experimentó un cierto proceso de virtualización de la política, por el cual esta se trasvasó en cierta medida de la lucha social al debate mediático, lo que fue muy perjudicial para opciones como el PCE que habían enraizado su influencia en el conflicto social e intervinieron en la transición sin contar con el beneficio de grandes referentes mediáticos, o más bien sufriendo la hostilidad de los que había. Y en cuanto a lo segundo, todos los periódicos de gran tirada hicieron suyos, con matices importantes, el discurso del consenso que presidió la etapa central de la transición, de manera que este discurso se convirtió en una ideología cotidianamente difundida a la sociedad y de manera que penalizaron muy duramente a quienes pretendieron sobrepasar los límites de ese consenso. El caso más llamativo que analizo en la tesis es el de la defensa unánime que hicieron los periódicos de la figura de Felipe González en la crisis del XXVIII Congreso, una defensa cuya vehemencia fue directamente proporcional a la fiereza con que atacaron a los militantes socialistas que al cuestionar las propuestas de González estaban cuestionando también el curso de la transición. Y en todo eso *El País* resultó ser el periódico más efectivo, en tanto que su halo de periódico progresista le hacía más influyente entre sectores potencialmente críticos. *El País* apostó desde el principio por el proyecto reformista, por el consenso que le siguió en la etapa central de la transición y por el proyecto de “modernización” liberal y atlantista que lo cierra en los primeros años de Gobierno del PSOE. En términos de relación con los partidos, arremetió contra AP y UCD, encumbró a la dirección encabezada por González estimulando su proyecto de moderación y fue extraordinariamente hostil hacia el PCE, un partido al que presentó constantemente como un partido caduco y atado al pasado de la guerra civil, sin descuidar por otra parte los cantos de sirena hacia sus militantes, cuadros y dirigentes más moderados.

- SLA: ¿Qué papel jugó la URSS durante la transición? ¿Señaló senderos al PCE? ¿Marcó su línea política?

- JA: El PCE mantuvo una clara autonomía en el diseño de su línea política con respecto a Moscú durante la transición, no sólo por la voluntad que existía desde hacía años en el conjunto del partido de que así fuera, sino porque a esas alturas tampoco la URSS era excesivamente celosa de lo que hicieran los “pecés” en sus respectivos países, siempre y cuando eso no afectara a sus intereses como Estado. La idea de un PCE sumido a los dictámenes del Kremlin es algo que sólo existía en la propaganda increíble de sus adversarios. Ahora bien, lo que sí empezó a preocupar seriamente a la URSS fueron las declaraciones de algunos importantísimos dirigentes del PCE, como Manuel Azcárate y el propio Santiago Carrillo, criticando con mayor o menor rigor los regímenes del Este. Es por eso y no por su línea política por lo que desde la URSS se inicia una campaña contra la dirección del PCE que empieza con artículos en *Tiempos Nuevos* y termina con el apoyo a las escisiones de los sectores prosoviéticos del partido, en unos términos sobre los que he leído algunas cosas y he escuchado a ciertos protagonistas, pero que no podría ponderar historiográficamente. Espero que la investigación también lo precise en breve.

Pero más allá de la influencia, insisto que limitadísima de la URSS sobre la línea política del PCE, lo interesante es el lugar que la URSS ocupaba en el imaginario

de la militancia comunista de la transición, algo que a partir del estudio de testimonios orales y de la documentación de las asociaciones de Amistad Hispano-Soviéticas están haciendo de manera muy interesante las profesoras e investigadoras Carmen González y Magdalena Garrido de la Universidad de Murcia. En mi tesis también me he aproximado a este tema a partir del análisis de testimonios escritos que dejaron los militantes de base y en esos análisis he constatado que para una minoría del partido (de edad generalmente avanzada) la URSS seguía siendo la «patria verdadera del socialismo», que para otra minoría se trataba de sistemas tiránicos no socialistas con los que había que soltar lastres y que para una mayoría de la militancia la URSS representaba un modelo de socialismo muy limitado, contradictorio, burocratizado y escasamente democrático por las duras condiciones en que se formó y, sobre todo, muy distinto del modelo de socialismo que pretendían para España, por lo que apostaron consecuentemente por un prudente distanciamiento no beligerante.

- SLA: Habla usted en las conclusiones de la tesis de la «problematicidad de la izquierda con su doctrina». ¿A qué quiere referirse con ello? ¿De dónde esa problematicidad?

- JA: Lo que planteo en la tesis de manera algo más sofisticada a como voy a exponerlo ahora es que las doctrinas políticas, las ideologías, están constituidas por teorías sociales, principios éticos y tradiciones culturales y que la relación de los partidos de la izquierda en la transición con cada una de estas dimensiones y con todas en su conjunto fue problemática. En algunos casos los dirigentes o intelectuales de la izquierda terminaron reduciendo sus propuestas ideológicas a teorías supuestamente científicas. Algo de eso hubo en el diseño estratégico tan especulativo del eurocomunismo, aunque más evidente fue el caso del «discurso de la modernización» del PSOE en el último tramo de la transición; un discurso en el cual los problemas del país dejaron de expresarse en términos de intereses sociales enfrentados que exigían la toma de partido para reducirse a problemas técnicos resolubles con una conjunción de recetas económicas científicamente neutras y buena gestión profesional. En cuanto a los valores éticos, la izquierda se movió entre la afirmación enfática de principios sin mucha conexión con la realidad y un pragmatismo desaforado, dando en algunos casos un salto de lo uno a lo otro sin apenas solución de continuidad. Ejemplo de ello lo tenemos también en el PSOE, que pasó del moralizante discurso de la clandestinidad al pragmático lenguaje de Gobierno en apenas 5 años. Y en cuanto a la tradición, resulta sorprendente que con tanta urgencia y en momentos tan agitados el PCE y el PSOE decidieran abandonar y renunciar respectivamente al leninismo y al marxismo, a tradiciones ideológicas que con independencia de su grado de auténtica asimilación eran tradiciones históricas con mucho contenido y una fuerza simbólica importante. Lo reseñable es que las direcciones de los partidos concibieron estas tradiciones como un obstáculo, como un problema, para los proyectos inmediatos de la transición. Su mirada sobre esas tradiciones estuvo condicionada por las urgencias del presente y desde ese presentismo decidieron abandonar o renunciar a esas tradiciones de tan amplio recorrido. Pero eso no resultaba fácil si se tiene cuenta lo arraigadas que estaban esas tradiciones, ya fuera por la asimilación de sus contenidos o por su fuerza simbólica, entre buena parte de las militancias. Para sacar adelante sus propuestas de moderación las direcciones tuvieron que construir justificaciones precisamente ideológicas. Y esa dimensión racionalizadora de la ideología, esa función consistente en justificar una decisión que responde a propósitos no reconocidos públicamente apelando a ideas más sublimes que puedan ser aceptadas por la comunidad a la que van dirigidas, fue una de las dimensiones más opacas, más problemáticas, en las tendencias ideológicas de los dirigentes de los partidos.

- **SLA:** Para no abusar más de su generosidad, ¿qué enseñanzas podemos extraer para la izquierda de aquellos turbulentos años?

- **JA:** Bueno, parece claro que la historia es o puede ser *Magistra Vitae* y que la izquierda anda muy necesitada de magisterio. No me considero demasiado autorizado para sacar enseñanzas en este sentido, pero por aportar algo señalaría de manera un poco genérica algunas cosas: la importancia de afirmar la autonomía de un verdadero proyecto de izquierdas; la inutilidad o el peligro que encierran el tacticismo, los efectismos y los atajos; la centralidad de la lucha social por encima de la, no obstante importante, representación institucional; el valor de la pluralidad y de la democracia interna en las organizaciones sociales y políticas; la importancia de no sucumbir a la comodidad de la inercia; la pretensión de incorporar a cuanta más gente al proyecto; el no tener pánico escénico ni necesidad de ser apreciado por el adversario; o la conveniencia de agarrarse a los principios en momentos de confusión.

No obstante, más de allá de enseñanzas, considero que la historia resulta útil para la izquierda porque en ella se puede ver, como nos enseñó Walter Benjamin, los momentos de encrucijada en los que se alumbraron caminos distintos más esperanzadores a los que finalmente se tomaron, y porque, como decía Ernst Bloch, en los proyectos de emancipación derrotados en el pasado hay un «excedente utópico» que puede nutrir nuestras luchas actuales. Pienso que, por encima de los resultados, en muchas de las luchas de la transición hay un «excedente utópico» recuperable para dar una batalla que sólo puede ser presente.